

vendremos á él, y haremos mansion dentro de él. El que no me ama, no practica mi doctrina. Y la doctrina que habeis oido, no es mia, sino del Padre que me ha enviado. Estas cosas os he dicho conversando con vosotros. Mas el Consolador, el Espíritu Santo, que mi Padre enviará en mi nombre, os lo enseñará todo, y os recordará cuantas cosas os tengo dichas. La paz os dejo: la paz mia os doy: no os la doy yo como la da el mundo. No se turbe vuestro corazon, ni se acobarde. Oido habeis que os he dicho: Me voy, y vuelvo á vosotros. Si me amaseis, os alegrariais sin duda de que voy al Padre: porque el Padre es mayor que yo. Yo os lo digo ahora antes que suceda, á fin de que cuando sucediere, os confirmeis en la fé. Ya no hablaré mucho con vosotros, porque viene el príncipe de este mundo; aunque no hay en mí cosa que le pertenezca. Mas á fin de que conozca el mundo que yo amo al Padre, y que cumplo con lo que me ha mandado.

MEDITACION.

Sobre el misterio de este dia.

Considera cuantas maravillas resplandecen en el misterio de este dia. El Espíritu Santo, el divino Consolador, la tercera Persona de la adorable Trinidad baja milagrosamente sobre los apóstoles y sobre todos los discípulos que estaban congregados: de hombres groseros é ignorantes, los hace en un momento doctores los mas ilustrados y mas hábiles en todo género de conocimientos; en un momento se hallan con la ciencia infusa de la religion, y con la perfecta inteligencia de los mas sublimes y mas profundos misterios: poseen toda la ciencia de la ley, y penetran el verdadero sentido de toda la Escritura. Estos hombres tan despreciables hasta entonces por la oscuridad de su nacimiento, por la bajeza de su condicion, por la groseria de su espíritu, por la rusticidad de sus costumbres, se encuentran de repente dotados de un don de sabiduría tan perfecto y tan eminente, que toda la sabiduría humana se vió obli-

gada á callar, á bajar la cabeza y á reconocer no haber sido sino necedad. Estos hombres tan tímidos, tan cobardes, se hallan desde el mismo instante animados de un valor de héroes, de una intrepidez que oscurece y borra todo cuanto hay de mas grande y mas magnánimo en la historia. Jamas se vió milagro en que la omnipotencia de Dios pareciese mas visible: ningun prodigio llevó mas bien impreso y señalado el carácter de la virtud del Altísimo. Ved á Pedro, ese pescador de profesion que apenas sabia leer, comparecer en presencia de todos los doctores de Jerusalem, demostrarles que aquel Jesus á quien quitaron la vida en una cruz, cincuenta y tres dias antes, era el Hijo de Dios, su soberano dueño, el verdadero Mesias.

Considera que lo que se cumplió por la primera vez en los apóstoles, debe cumplirse en nosotros, si estamos dispuestos como ellos lo estaban para recibir este celestial don del Espíritu de Dios; pues Jesucristo por su muerte nos lo mereció á nosotros igualmente que á los apóstoles. Tengamos un corazon puro y vacío del amor de las criaturas, y bien presto estará lleno de este divino Espíritu. Siendo el Espíritu Santo siempre el mismo, los que lo reciben deben experimentar los principales efectos que produce en las almas donde habita. El Espíritu Santo es un Espíritu de verdad que nos ilumina, un Espíritu de santidad que nos purifica, un Espíritu de fortaleza que nos anima y nos hace superar todos los obstáculos y todas las dificultades. Como Espíritu de verdad nos desengaña de nuestros errores: como Espíritu de santidad nos desprende de nuestras aficiones criminales; y como Espíritu de fortaleza nos hace triunfar de nuestras flaquezas. El Espíritu Santo no se limita á enseñarnos algunas verdades en particular, como suelen hacerlo los hombres. Este Espíritu divino enseña y persuade á un mismo tiempo y sin excepcion toda verdad, y la enseña sin distincion á toda suerte de personas; lo que no pertenece sino solo á Dios. Este divino Espíritu, no solo es esencialmente santo, es tambien Espíritu santificador; es decir, origen y principio de santidad en todos aquellos á quienes se comunica; y esto es lo que significa la expresion misteriosa de

que se sirvió el Salvador el día de su Ascension, cuando dijo á sus discípulos que dentro de pocos días serian bautizados por el Espíritu Santo. ¡Oh! y cómo con él nos vienen todas las gracias y dones mas excelentes!

PETICION Y PROPOSITOS.

¡Ven, Espíritu divino, y haz llegar á nosotros un rayo de tu luz! ¡Ven Padre de los pobres, á quienes enriqueces con dones celestiales! Tú, que eres el Consolador de las almas, que te hospedas en ellas, no como transeunte, sino para habitar en ellas y hacerlas tu mansion, ven á ser nuestro descanso en el trabajo, nuestro refrigerio en el ardor penoso de nuestras agitaciones, nuestro alivio en el llanto. Ablanda y docilita la dureza de nuestro corazon; cura las heridas que han hecho en él los pecados y las hinchazones de la soberbia; y vuelve al camino de la virtud á los que de él se desviaron, siguiendo el ímpetu de sus ciegas pasiones.

JACULATORIA.

Envia, Señor, tu Espíritu, y renovarás la faz de la tierra.

LECCION.

Sobre la dificultad de curar la ceguedad espiritual.

Ninguna cosa es mayor obstáculo á la curacion de la ceguedad espiritual que la ignorancia del estado en que uno se halla: la soberbia la produce, la insensibilidad la acompaña, y la indocilidad del corazon la sigue; porque la indiferencia y frialdad la mantienen. Ignoramos el origen de nuestros males: no conocemos el motivo de nuestras buenas obras, ni la irregularidad de nuestra conducta. Obstáculos que nos detienen en una ceguedad que es tanto mas deplorable, quanto es mas insensible. Efectivamente, ignoramos el espíritu que nos anima

aun en las acciones mas santas. ¿Cuántas veces se atribuye á la caridad lo que es obra de la codicia? Los mas se dejan conducir por un impulso todo humano, aunque creen son llevados por un movimiento fiel y cristiano; frecuentemente se toman las tinieblas por la luz, la virtud aparente por la verdadera, la alegría de los sentidos por la del espíritu, la voluntad propia por la de Dios: se cree obrar por piedad cuando solo se obra por pasion. Unos finalizan por vanidad lo que comenzaron por caridad; otros se persuaden de que van por el camino de la salvacion, y no tienen el espíritu del Evangelio, ni es su regla la religion. El corazon de todos los hombres está corrompido, dice el profeta lamentador, es un abismo impenetrable: ¿quién podria conocerle y discernir su verdadera disposicion, sino aquel que sondea los senos mas ocultos con la luz divina de su espíritu?

En verdad nada es capaz de descubrir los resortes secretos que mueven el corazon humano, los objetos que le ocupan, los deseos que forma, los designios que proyecta y el fin que se propone. ¿Será Dios el objeto de nuestras buenas obras, ó nosotros mismos? ¿Será la caridad y la gloria de Dios el principio de todas nuestras acciones, ó lo hacemos mas bien para ser vistos de los hombres, ganar su corazon y merecer su aprecio? La vanidad es un veneno sutil que se insinúa por todas partes, y que tragamos sin sentir: muchos á pesar de su precaucion y sinceridad son sorprendidos y arrastrados por esta pasion; las mas de sus acciones van marcadas con este sello; el amor propio se sobrepone al amor de Dios, y he aquí el principio de la corrupcion general del corazon humano y el gusano que roe los frutos de la caridad. ¿Será el amor al prógimo el que nos empeña á establecer algun servicio, á remediar sus urgencias y aliviar sus trabajos y sus males, ó será mas bien una pasion disfrazada? ¿Si será una virtud de temperamento, una compasion natural, una vana generosidad? ¿Si será genio, inclinacion, amistad ó interés, que es lo que comunmente regula todos nuestros proyectos, nuestros sentimientos y nuestros beneficios? ¿Serán nuestros ayunos para mortificar la carne, domar

nuestras pasiones, fortalecer nuestro espíritu, fomentar la piedad y unirnos á Dios, ó serán como los de los fariseos, una tristeza exterior, hija de la vanidad y del orgullo? ¿Se harán nuestras limosnas para socorrer á los pobres, ganar el cielo, adquirir riquezas inmortales, y cubrir la multitud de nuestros pecados, ó por miras demasiado humanas, y para ser alabados de los hombres?

Para que nuestras obras sean meritorias, es preciso las acompañe la pureza de intencion y la rectitud del motivo: es preciso estar unidos á Dios, ocupados de su gloria, y sensibles á la caridad, no viendo en todas ellas sino á Dios y al prójimo: es preciso no hablar del bien que hacemos, sino que nuestra mano izquierda ignore lo que hace la derecha, es decir, que ocultemos el bien á los mismos que nos ayudan á hacerlo; es preciso en fin que nuestro corazon no tenga otro objeto que á Dios. ¿Y tenemos nosotros una disposicion de corazon tan santa? La humildad y la oracion no están libres de ilusiones; el fuego no puede subsistir en el agua; pero el orgullo vive en el anonadamiento. La conducta del fariseo, tan opuesta á la del publicano, nos enseña que se puede hallar reprobacion en la misma oracion. A veces el hombre se gloria en su misma necesidad: ¡Oh y cuánto se manifiesta con esto la gran corrupcion del corazon humano! *Torcido es el corazon de todos, é impenetrable, ¿quién lo conocerá?*

De aquí es que muchas veces nuestras virtudes no son sino vicios. Si el espíritu vivificante no las anima, cuando éste falta, nuestra misericordia es iniquidad, nuestra caridad codicia, y nuestra justicia injusticia. De aquí se origina tanto vicio en la vida cristiana, tantos dias propios para merecer, que se pasan sin mérito, tantas buenas obras que no tendrán recompensa eterna. Este mal tendria remedio si fuera conocido y sensible; pero he aquí la desgracia, que pasamos toda la vida sin sentir lo que perdemos: solo despues del profundo letargo de nuestros pecados, conocemos que nuestros dias están llenos de iniquidad y vacios de buenas obras. Hasta que es llegado el tiempo de la siega conocemos que el hombre enemigo ha sem-

brado zizaña. Hasta que llega el esposo, advertimos la falta del aceite santo de la caridad, y que la lámpara de nuestro corazon está apagada. Solo al tiempo de dar cuenta del tesoro que se nos confió, notamos que por haberlo sepultado en tierra, el orin lo ha cubierto, los insectos lo han roido, ó los ladrones lo han robado. *Durmieron su sueño, y nada hallaron en sus manos todos estos hombres de riquezas.* Mas no es el solo obstáculo que tenemos que vencer para salir de nuestra ceguedad, y que nos impide conocer cuál es el espíritu que nos anima en nuestras buenas obras; hay otro que fortalece á este primero, y es que no conocemos la irregularidad de nuestra conducta, aquí es donde la ilusion se deja ver mas claramente.

Si pensamos, porque tenemos una vida arreglada en nuestra conducta, tener derecho para censurar la del prójimo, encubriendo la murmuracion mas maligna y delicada con el disfraz de la compasion, denigrando su reputacion, haciendo primero su elogio para parecer caritativos, en fin, para no pesar nuestras palabras en la balanza de la justicia; en vez de refrenar nuestra lengua y poner un sello inviolable á nuestros labios, aumentamos las faltas mas leves, y derramamos el veneno de nuestra crítica sobre toda clase de personas; nos engañamos, nuestra piedad no es sincera. Nosotros, que agregamos á un exterior edificante una sensibilidad que se alarga hasta el exceso en todo lo que hiere nuestra propia estimacion: nosotros que no podemos disimular una palabra poco favorable, un dicho involuntario, un aire de menosprecio, una falta de atencion ó cortesía; nosotros, por último, que conservamos siempre un fondo de amor propio, disfrazado con el especioso pretexto de juicio, de honestidad, de moderacion y de prudencia; nosotros somos unos ilusos: el Evangelio no conoce tales arterías, no tolera tales refinamientos de la política humana. Nosotros que con una confianza presuntuosa nos exponemos á las mismas ocasiones en que dimos pruebas de nuestra flaqueza; que frecuentamos sin escrúpulo las compañías, cuya ocupacion es agradar y divertirse ilícitamente, siendo la murmuracion su pan cotidiano en sus conversaciones,

que escuchamos y aplaudimos para no ser objetos ridículos á á sus ojos: nosotros, finalmente, que despues de ocupados en bagatelas y caprichos, con que evaporamos el espíritu y desecamos el corazon, pretendemos volver de nuevo á aquella vida pura y sin mancha, cuya devoción es apacible y modesta: nosotros somos unos ilusos obrando de este modo, queriendo forjarnos un Evangelio nuevo y arreglarnos á nuevas máximas. ¿Mas qué remedio podremos tomar para evitar tan graves males? ¿Cuál? Procurar adquirir el conocimiento de nosotros mismos, pero un conocimiento que no sea estéril, sino que nos de á conocer lo que debemos creer y obrar, lo que debemos saber y practicar, y lo que debemos solicitar y amar. ¡Ojalá que la verdad santa del Eterno rompa el velo funesto que nos oculta á nosotros mismos, que el resplandor de su luz penetre hasta lo mas profundo de nuestros corazones, que disipe la noche tenebrosa, y que nos descubra las llagas secretas que nos puedan causar una muerte tanto mas temible, cuanto menos conocida.



FIESTA DE LA SANTISIMA TRINIDAD.

La festividad que celebra la Iglesia en esta dominica, debe ser para nosotros tanto mas grata y solemne que todas las demas, cuanto que en éstas alabamos á Dios en sus santos ó le damos gracias por los muchos beneficios que se ha dignado dispensarnos; y en aquella le adoramos por ser quien es, le glorificamos por su mismo ser incomprensible y confesándolo Trino y Uno, le rendimos un homenaje mucho mas digno de su Magestad, y el mas perfecto de los que puede tributarle la criatura.

En efecto, de todos los misterios de nuestra religion no hay uno en que Dios sea mas incomprensible al hombre que el de la Santísima y adorable Trinidad, y de consiguiente no habrá ningun



LA S^a TRINIDAD